

JUAN ANTONIO ROSADO. *El engaño colorido y otros ensayos literarios*. México: Universidad de la Ciudad de México, 2003, 210 pp. (Al Margen).

De entrada la primera impresión, producida esencialmente por figurar como una de las ediciones pioneras realizadas por la ahora Universidad Autónoma de la Ciudad de México, es que *El engaño colorido* puede funcionar como un manual de apoyo a los profesores de literatura (y de ciencias sociales en general) para la impartición de cátedra; cuando además se constata que su composición en cuatro secciones intituladas “Mitos”, “El problema de la representación (arte y erotismo)”, “Contiendas” y “Tres semblanzas de la *otredad*”, es debida a la reunión de materiales de diversa procedencia, dicha peculiaridad se confirma con creces.

Formalmente hablando, por lo que respecta al cuidado editorial, es de esperarse que el departamento de publicaciones de esta institución educativa implemente mejoras no sólo en cuanto al diseño y selección tipográfica, sino en cuanto a una minuciosa lectura de pruebas y de esta manera reducir, en la medida de lo posible, el radio de acción del siempre fastidioso duende de las erratas. Por lo que respecta al contenido del libro, el peso del tema en cada texto impone, hasta cierto punto, el carácter de la escritura ensayística. La primera y segunda secciones se distinguen, por la necesidad de sostener las argumentaciones básicas, en utilizar de manera asidua las referencias bibliográficas precisas. La tercera y cuarta (aunque vuelva a retomar en esta última, autores y tópicos netamente literarios que se dejan de lado en la tercera sección) evidencian una libertad estilística en la que la prioridad de la idea defendida parte de la propuesta interpretativa en sí, antes que en las referencias que se utilicen (o no) de apoyo.

A pesar de tal estructuración miscelánea es factible centrar como rasgo definitorio de este volumen de ensayos el empleo del análisis mitocrítico dentro de cada sección, principalmente en la vertiente (como sucede en el texto relativo al sentimiento *fáustico* de la vida presente en don Quijote) jungiana que sustenta la idea de los arquetipos, no obstante que la prerrogativa modular de Juan Antonio Rosado es someterla a refutación. Es así que tan arquetípica es la visión fáustica del Quijote y la marginalidad del “hombre del

subsuelo” (como lo clasifica el ensayista, tomando como punto de partida una terminología proveniente de un relato de Dostoievski, al héroe literario moderno) en la narrativa occidental reciente, como la imagen del marqués de Sade en su carácter de transgresor sexual y explorador de las pasiones, o la de los hippies y punks como movimientos contraculturales que tarde o temprano terminan siendo incorporados por el sistema mercadológico de la globalización macroeconómica vigente.

Pasando pues al comentario de algunos de los textos revisados, en “Al rescate del mito”, Rosado revisa varias tendencias que ubican al mito como elemento literario y que, en un proceso de historicidad-ahistoricidad, lo trascienden cuando el relato mítico se universaliza. Y si el punto de partida de este procedimiento es la explicación que el mito le otorga a la realidad circundante (primordialmente los fenómenos naturales en los inicios de la civilización), su persistencia en la actualidad se debe a la función que realiza este tipo de relatos (amén de sus rasgos propiamente estéticos) como uno de los pilares que refuerzan tanto a las conformaciones culturales actuales como a instituciones de orden social, tal como lo asienta Mircea Eliade en el epígrafe de este ensayo. Sin embargo la postura de Rosado (utilizando a Todorov como antecedente) consiste en relativizar este aspecto, ya que si bien el método mítico no es susceptible de aplicarse de forma homogénea a cualquier obra literaria, tampoco resulta conveniente privar de esta perspectiva a obras que hallan imbuidas su esencia dentro del discurso mítico. Haciendo uso, como decía, de esta vertiente de análisis, el autor censura la ambigüedad y laxitud de la teoría jungiana que, respaldándose en el inconsciente colectivo, es capaz de desvirtuar las condicionantes particulares con las que se generó el mito, así como aquéllas que se verifican al momento de actualizarse y recontextualizarse.

A pesar del interés que se despierta con estos severos cuestionamientos de Rosado, lo que a fin de cuentas resulta más aportativo de este texto es el repaso teórico antes que las conclusiones en sí, pues lo extenso de la argumentación es rematada con la sabia sentencia de que “toda gran obra de arte es siempre polisémica”. Y es que más allá de la forma en que el planteamiento se construya, este tipo de análisis suelen adolecer de esa concepción primaria en la que la obra queda condicionada por la biografía y el contexto histórico político. Sin embargo, no por ello dejan de ser ilustrativas las líneas de lectura que se trazan, por ejemplo, en el ya referido texto de “El hombre del subsuelo”, esa especie de ángel irremediamente caído (*nowhere man* solitario, clasemediero, habitante de la ciudad en constante desarraigo) y que experimenta en la novela moderna un ostracismo espiritual y muchas veces también material, y cuyo periplo es narrado (o más bien representado) desde una postura irremediamente subjetiva (“a ras de suelo” se diría, empleando los conceptos propuestos por nuestro ensayista).

Como también se había pergeñado líneas arriba, en “Don Quijote y Fausto: dos posibilidades”, se analiza el sentimiento *fáustico* de la vida (contrapuesto al sentimiento *apolíneo* que caracteriza a la cultura grecolatina que se apega más, en términos generales, a la actitud el *carpe diem* y la filosofía epicúrea), consistente, *grosso modo*, en una abierta inconformidad frente al estado de cosas, y aunque esta propuesta no puede desmentir su procedencia renacentista, se establece una diferencia de fondo que explica las dos posibilidades de realización de dicho sentimiento: mientras que el personaje de Fausto persigue una plusvalía individual para transgredir los límites de su condición mortal, la aspiración de don Quijote tiene una finalidad social que produzca una convivencia humana más equitativa (o menos desigual, como quiera verse), además de que renuncia a moverse a partir del engaño, en tanto que Fausto es un personaje cuyas intenciones más íntimas se mantienen ocultas la mayor parte del libro.

El segundo bloque del libro se abre con los ensayos “Erotismo, misticismo y arte”, en el que se exploran las conexiones entre la despersonalización obtenida a través del éxtasis erótico con los arrebatos místicos, y “En busca del ‘divino marqués’”, artículo que constata el modo en que la propia leyenda de este escritor afecta su valoración biográfica, pues más allá de los excesos carnales *representados* (mismos que rayan en lo criminal) en su obra, lo cierto es que en cuanto a sus propias experiencias vitales el comportamiento del marqués de Sade no fue más allá de lo que era habitual dentro de la vida cortesana en la Francia dieciochesca. En el ensayo que le da título al presente volumen, “El engaño colorido: *Juan García Ponce, Sor Juana Inés de la Cruz y José Vasconcelos*”, el asunto de la literatura tomada como representación es rastreado a partir de algunas versiones mitológicas como la judía y la egipcia, en las que el mundo fue concebido en, con y por medio de la palabra. Empero, el autor marca un deslinde con estas tradiciones que permiten llevar a la escritura artística un peldaño más arriba de todo este proceso, pues las creaciones divinas, en tanto manifestaciones vivas, están sujetas a su condición perenne, mientras que la obra literaria, en proporción a su calidad estética, puede aspirar a la intemporalidad de la trascendencia.

Para Rosado, en el caso de la narrativa de Juan García Ponce se produce una “meta-representación” en la medida en que sus personajes asumen de forma deliberada el acto de representar un papel determinado. Y no sólo eso, sino que también el lector asiste a un proceso metaliterario cuando algunos de estos personajes, como sucede con Anselmo en *Crónica de la intervención*, efectúan dentro del mismo relato una aproximación crítica, en este caso, de la visión del mundo barroco a través de un soneto de sor Juana, alusión que genera un juego de espejos para asentar esa conciencia de que en este mundo lo que predominan son las apariencias: si lo único cierto es lo aparente, esta

función de representación es lo que da origen a la aspiración de todo arte de inmovilizar el tiempo y hallar en este suceso su sentido de trascendencia. Para tal fin Rosado se apoya en la estratificación de Vasconcelos en tres estamentos de la condición humana: el material o guerrero, el intelectual o político y el espiritual o estético, constituyéndose esta posibilidad de trascendencia en el eje central que justifica dejarse llevar por las imágenes e impresiones con las que nos representamos nuestro propio entorno.

Sin embargo en el ensayo “La necesidad del *voyeur...*”, este eje es sustituido por el erotismo en el cuento “El gato” de García Ponce, dado que en este caso se muestra a partir de una relación terciada, pues la experiencia vital de los dos amantes se cumple en la medida en que dicho animal, más que de una mascota, desempeñe el papel de visor y contemple así sus rituales amorios. Esta peculiaridad se vuelve una constante literaria al momento en que tal recurso se asemeja a lo que ocurre en la novela *La llave* de Junichiro Tanizaki y en gran parte de la obra de García Ponce en la que la figura del “voyeur será sustituida por una persona o personas, quienes a menudo serán artistas (fotógrafos, pintores o escritores) que atestiguarán o fijarán a través de su arte la realización del ritual erótico como ocurre también en *Las leyes de la hospitalidad* de Klossowski” (141).

Dentro del tercer bloque del libro se acentúa el cariz polémico (lo que explica su denominación como “Contiendas”), pues el autor cuestiona la manera en que la mercadotecnia editorial y las camarillas literarias han afectado al ejercicio de escritura creativa, hasta el punto de que figurar en sus listas es un oprobio antes que un privilegio, lo que repercute en el hecho de que los productos editoriales existentes en el mercado sean resultado de un mero sistema de compra-venta antes que de un verídico impulso de las nuevas obras que, al menos en primera instancia, detentaran la calidad suficiente para ser promovidas (el reciente caso de *Los misterios de La Ópera* no es sino el colofón de este fenómeno, pues el experimento de Carlos Fuentes al firmar dicha novela con el seudónimo de Emmanuel Matta no hace sino comprobar que este libro no ha sido valorado *per se*, sino a partir de que se ha autenticado su autoría). En el resto de los textos incluidos en este apartado ahonda la acerba crítica contra los efectos de la globalización, que lo mismo absorben las manifestaciones rebeldes en su génesis y luego domesticadas, o que generan un vacío alrededor del “yo urbano” que para combatir esta despersonalización y aislamiento busca integrarse con sus semejantes a través del concepto “unario” de la democracia.

Por último, la cuarta sección del libro se halla caracterizada por ciertas efemérides tras cumplirse los centenarios de Federico García Lorca (quien le sirve de pretexto al ensayista para abordar, en términos más o menos filosóficos, el tópico de la otredad) y Rafael Alberti (poeta de quien se asienta la

prerrogativa del exilio tanto político y civil como espiritual, al evidenciar su nostalgia por las dos patrias perdidas: la España republicana y la infancia), autores que están marcados por la generación del 27 y la guerra de 1936-1939. Casi artículos de ocasión, no por ello pierden su cualidad ilustrativa, al tiempo que refrendan la ya mencionada vocación didáctica de la totalidad de los ensayos recogidos en este volumen.

JESÚS GÓMEZ MORÁN
Centro de Estudios Literarios
Instituto de Investigaciones Filológicas